

PASACALLE



Alegre como mañana de Abril, picante como cuento andaluz, saltador como el arroyo espumado que se retuerce en la montaña, toda vida como la juventud, oigo en la hora solemne del alba un pasacalle guipuscoano, dulzainas que anuncian fiesta. Yo le oigo recién despertado, y mi corazón salta al compás de la regocijada música que ya se aleja, por desgracia, dejándome sumido en grata meditación. ¿Por ventura no es lenguaje la música? En esas horas de calma y soledad que pasan como el humo deshecho por la tormenta, ¿no os ha sucedido mil veces sentir que á su influjo poderoso un castillo de mágicos recuerdos, algunos de ellos alegres como canto de pájaros, tristes los más como el adiós del día, se levanta en vuestra imaginación acalorada y conmueve de opuestas maneras vuestro corazón, mientras de los ojos caen, ardientes y presurosas lágrimas mil? Allá, cuando era niño, en los plácidos días de la inocencia, me despertaba está misma música; la oí más tarde en la juventud, ese alegre mayo de la vida en el que nacen las rosas y cantan los ruiseñores en la penumbra; cada nota de su canto me recuerda días felices, y también días amargos. Porque yo no sé qué triste destino tiene el hombre hilo de Adán en esta vida, que hasta las sensaciones de placer que experimenta parece que van siempre envueltas en cierto misterioso y sutil velo de tristeza: ligeras neblinas que en medio de los esplendores del día se extienden por los valles del alma, donde nunca asentó la dicha cumplida su trono de esmeraldas y rubíes. ¿Habrà quien comprenda los misterios de este corazón humano siempre palpitante, siempre sediento?...

Pero es lo cierto que mientras oigo el *rataplán* de la música con el festivo *ujujú* de la gente de bronce, siento indefinible gozo que hace que todo mi ser se derrame por praderas y caseríos, por las altas

montañas euskaras donde vive el pastor sencillo con las águilas de vuelo majestuoso, bañadas aquellas de dorada luz al levantarse el sol de su lecho oculto, rico y misterioso, y dar su primer beso á los soberbios montes. Allá, en la alta ermita solitaria, una campana llama á la oración á los sufridos hijos del trabajo, dichosos con su pobreza. Aquí es una hermosa zagaleja que entona agreste canción pensando en quien la ama. Susurra la brisa agitando suavemente las hojas del bosque sombrío, en el que anidan los pájaros en paz más dulce que las mieles que elaboran zumbando las abejas junto al vecino caserío de Echezuri, donde ya se levantaron Peru y Mari y se preparan á pasar el día de Pascua con regocijo. Por allí ando yo con la imaginación y casi oigo la plática que ambos sostienen en voz baja por no despertar á un ángel que duerme en su cuna junto al fogón, mientras pasa brincando y se derrumba por la pradera, como piedra dejada caer desde lo alto, el tierno y atolondrado becerrillo. Dichosos, mil veces dichosos los que viven á la sombra del nogal y del cerezo, escuchando el amable murmullo de una fuentecilla pobre que está diciendo de día y de noche: ¡Viva Euskal-erria! De todas estas cosas y otras muchas más me habla ese ligero pasacalle guipuzcoano que retoza en las calles del pueblo en que nací, diciendo á los que duermen: «Levantaos. Ha llegado la Pascua. Peru y Mari se levantaron también en el caserío lejano de Echezuri, y, ¿veis?, ya reciben las caricias del tierno nietezuelo que también se ha despertado, porque el sol hermoso, Rey del Oriente, le ha besado en su rostro de nieve».

VICENTE DE MONZÓN.

